



SATORI

Miños y Leyendas de Japón

F. Hadland Davis

CONTENIDOS

Introducción	17
I. La Era de los Dioses	25
II. De Héroes y Guerreros	37
III. El Cortador de Bambú y la Doncella Luna	54
IV. Leyendas sobre Buda	65
V. Leyendas de Zorros.	73
VI. Jizō, el Dios de los Niños	81
VII. Las Leyendas en el Arte Japonés	87
VIII. Las Estrellas Amantes y el Manto de Plumas	97
IX: Leyendas del Monte Fuji	100
X. Campanas	108
XI. Yuki-Onna, la Dama de las Nieves	114
XII. Flores y Jardines	118
XIII. Árboles	132
XIV. Espejosa	143
XV. Kannon y Benten. Daikoku, Ebisu y Hotei.	149
XVI. Muñecas y Mariposas	160
XVII. Festivales	165
XVIII. La Linterna de Peonía	171
XIX: Kōbō Daishi, Nichiren y Shōdō Shonin.	176
XX. Abanicos	182
XXI. Trueno	187
XXII. Leyendas de Animales	192
XXIII. Leyendas de Pájaros e Insectos	207

LA ERA DE LOS DIOS

En el principio

En el principio de los tiempos «el Cielo y la Tierra aún no se habían separado y el *In* y el *Yo* aún no se habían dividido». Esta frase remite a otras cosmogonías. El *In* y el *Yo*, que se corresponden con el *Ying* y el *Yang* chinos, son los principios masculino y femenino. Los antiguos japoneses imaginaron el concepto de la creación en términos no muy lejanos del nacimiento humano. La mitología polinesia se basa en un concepto bastante similar, Rangi y Papa representan el Cielo y la Tierra. También se pueden trazar paralelismos con la cosmogonía egipcia y con otras muchas sociedades donde los principios masculino y femenino ocupan un lugar prominente y, en cierto modo, lógico en las narraciones mitológicas sobre el origen del mundo. Según el *Nihongi* los principios masculino y femenino «formaban una masa caótica similar a un huevo, sin límites claramente definidos y que contenía los gérmenes de todo». La parte más pura y clara del huevo se separó para formar el Cielo y el elemento más pesado formó la Tierra que era «como un pez flotando en la superficie del agua». Una extraña forma parecida al brote de un junco surgió de repente entre el Cielo y la Tierra y se transformó en el dios Kuni-toko-tachi («El que permanece eternamente sobre la Tierra»). Aparecieron otras muchas deidades que pasaremos por alto hasta llegar a la pareja primordial Izanagi e Izanami («El hombre que invita» y «La mujer que invita», respectivamente). Ambos protagonizan un importante conjunto de leyendas.

Izanagi e Izanami (la dualidad)

Izanagi e Izanami, observando desde el Puente Flotante del Cielo el abismo que se abría a sus pies, se preguntaron si existiría algún país allá

abajo. Determinados a descubrirlo arrojaron una lanza enjorada y descubrieron el océano. Al extraer la lanza, las gotas de agua que cayeron de su punta se solidificaron y formaron la isla de Onogoro-jima («Isla generada espontáneamente»).

Los dos dioses descendieron sobre la isla y, al tiempo, decidieron unirse en matrimonio. Si bien eran hermanos, este hecho no impedía su casamiento. Las deidades erigieron un pilar en el medio de la isla. Izanagi caminó rodeándolo por un lado e Izanami, por el otro. Cuando se encontraron, Izanami dijo: «Es grato encontrarse con un joven tan encantador». Pero esta ingenua afirmación, lejos de agrandar a Izanagi, desató la cólera del dios que recriminó a la diosa: «Soy un hombre, y como tal, debo hablar en primer lugar. ¿Por qué, siendo tú una mujer, has osado hablar primero? Así no es correcto. Volvamos a empezar». Así que las dos deidades rodearon el pilar de nuevo. Cuando se encontraron Izanagi dijo: «Es grato encontrarse con una doncella tan hermosa». De este modo, Izanagi e Izanami se unieron como esposo y esposa.

hombre primero

Izanami dio a luz a las islas, los mares, los ríos, las hierbas y los árboles. La diosa y el dios debatieron y concluyeron lo siguiente: «Hemos engendrado el país de las ocho grandes islas, con montañas, ríos, hierbas y árboles. ¿Por qué no engendramos a alguien destinado a ser el Señor del Universo?» El deseo de las divinidades se cumplió y así nació Amaterasu, la diosa del Sol, también conocida como la «Diosa gloriosa que ilumina el Cielo», tan extremadamente hermosa que sus padres hicieron que ascendiera por la Escalera del Cielo para que su glorioso resplandor reluciera por siempre sobre la tierra.

Creación
Diosa

A continuación nació el dios de la Luna, Tsuki-yumi. Su brillo plateado no era tan hermoso como la dorada luz de su hermana, la diosa del Sol, pero aún así tenía aptitudes suficientes para ser su consorte. Así que el dios de la Luna también ascendió por la Escalera del Cielo. Pero los hermanos pronto discutieron y Ama-terasu dijo: «Eres un dios malvado. Jamás volverán a encontrarse nuestras caras». De este modo se separaron el día y la noche y los dos dioses jamás volvieron a estar juntos.

Día y noche

El siguiente hijo de Izanagi e Izanami fue Susa-no-o («Macho impetuoso»). Más adelante volveremos con Susa-no-o y sus aventuras, pero de momento seguiremos dedicándoles nuestra atención a sus padres.

Izanami dio a luz al dios del Fuego, Kagu-tsuchi, pero el nacimiento del dios provocó que Izanami enfermara gravemente. Izanagi, arrodillado en el suelo, lloraba y se lamentaba con amargura. Pero sus lamentos de nada sirvieron e Izanami partió hacia la Tierra de Yomi (Hades).

muestra de la dualidad

Su señor, que no podía vivir sin ella, se dirigió también a la Tierra

de Yomi y cuando su esposa lo vio, le dijo apesadumbrada: «Mi señor y marido, ¿por qué has venido tan tarde? Ya he comido de las viandas de Yomi. Ahora voy a tumbarme para descansar un momento. Te ruego, por favor, que no me mires».

Pero la curiosidad de Izanagi era tal que no pudo satisfacer la petición de su esposa. Como la oscuridad en el Yomi era tanta, se desprendió de uno de los peines que ceñían sus cabellos, arrancó una púa y la prendió para iluminarse. La visión que se abrió paso ante sus ojos era extremadamente aterradora. Su antes bella esposa se había transformado en una criatura hinchada y purulenta. Sobre ella pudo ver a ocho dioses del Trueno. Los truenos del Fuego, de la Tierra y de la Montaña contemplaban con malicia mientras rugían con sus estruendosas voces.

Izanagi, visiblemente asustado y asqueado, dijo: «Sin darme cuenta he llegado a esta tierra monstruosa e infecta». A lo cual su esposa replicó contrariada: «¿Por qué no has cumplido el ruego que te hice? Ahora me has avergonzado».

Izanami estaba tan disgustada con su marido por haber ignorado su deseo y haber violado su intimidad que envió a los ocho horribles demonios del Yomi contra él. Izanagi desenvainó su espada y huyó hacia las oscuras regiones del inframundo. En su huida se desprendió de su tocado que, al caer al suelo, se convirtió en un racimo de uvas. Cuando los ocho demonios las vieron, se abalanzaron sobre ellas y las devoraron. Izanami, viendo que se retrasaban, estimó oportuno perseguir ella misma a su señor.

Izanagi había alcanzado ya el Paso del Yomi, colocó una enorme roca y esperó la llegada de Izanami para pedirle el divorcio. Ante la proposición, Izanami respondió: «Mi querido señor y marido, si eso es lo que quieres, en un solo día, haré que todo el mundo muera». Pero esta amenaza no tuvo ningún efecto sobre Izanagi, que replicó que, en un solo día, haría nacer a no menos de 1.500.

Parece ser que esta respuesta funcionó pues lo siguiente que sabemos es que Izanagi escapó de la Tierra de Yomi, de una esposa enfurecida y de los ocho horribles demonios. Tras la huida, realizó una serie de abluciones para purificarse de las que nacieron numerosas deidades. El Nihongi recoge lo siguiente: «Tras esto, Izanagi, una vez concluido su cometido divino, sabiendo que su espíritu iba a sufrir un cambio, construyó una morada de penumbra en la isla de Ahaji, donde permanece desde entonces en silencio».

Ama-terasu y Susa-no-o

Susa-no-o, el «Macho impetuoso», era hermano de Ama-terasu, la diosa del Sol. Susa-no-o aparece retratado como una deidad problemática y figura en el panteón de dioses japoneses como un elemento decididamente perturbador. Su carácter se percibe con mayor claridad en el *Nihongi* que el de ninguna otra deidad mencionada en cualquiera estas obras de la antigüedad. Susa-no-o tenía mal genio y actuaba con crueldad y ferocidad. Caracterizado como un hombre barbudo, era también muy dado al lamento y a la queja. Como un niño enrabiado rompe en pedazos sus juguetes, el «Macho impetuoso», ciego por la ira y sin reflexionar por un instante, arruinaba el verdor de las montañas segando muchas vidas.

Sus padres, Izanagi e Izanami, preocupados por su comportamiento, decidieron desterrar a su indisciplinado hijo a la Tierra de Yomi. Pero, antes de la partida, Susa-no-o realizó la siguiente petición: «Obedeceré vuestras órdenes y partiré al Reino de las Tinieblas (Yomi). Pero antes deseo ir a la Alta Llanura Celestial para visitar a mi hermana mayor (Ama-terasu) y después me marcharé para siempre». Este deseo aparentemente inocente le fue concedido y Susa-no-o ascendió al Cielo. Su marcha causó una gran conmoción en el mar y las colinas y las montañas retumbaron con estruendo.

Ama-terasu, al escuchar el ruido, supo que su malvado hermano se aproximaba así que se preguntó: «¿Vendrá mi hermano menor con buenas intenciones? Creo que su intención es la de arrebatarme mi reino. Por el cargo que nuestros padres nos dieron, cada uno de sus hijos tenemos asignados nuestros propios dominios. ¿Por qué mi hermano osa rechazar el reino que le pertenece y acude descaradamente aquí?».

Ama-terasu se preparó para la batalla. Se recogió el cabello en una coleta y lo adornó con piedras preciosas. Alrededor de las muñecas enrolló «una cadena de quinientas gemas de Masaka». Su apariencia era formidable. Se colgó a la espalda una aljaba con mil flechas y otra con quinientas, y se protegió los brazos para amortiguar el golpe de la cuerda del arco. Una vez preparada para el combate, blandió el arco y empuñó la espada y pateó el suelo hasta excavar en él un hoyo tan grande que le servía de fortificación.

Pero sus ingeniosas precauciones resultaron en vano pues el «Macho impetuoso» llegó ante ella suplicante y dijo: «Mi corazón no siempre ha sido oscuro. En obediencia a nuestros padres y en cumplimiento del severo castigo que me han impuesto, debo partir para siempre al Reino

de las Tinieblas. Pero, ¿cómo voy a irme sin ver por última vez el rostro de mi hermana mayor? Por esta razón he caminado entre las nubes y la niebla hasta llegar aquí. Sin embargo, para mi sorpresa, mi hermana me recibe con semblante serio».

Ama-terasu recelaba de la actitud de su hermano. El amor fraternal y la crueldad de Susa-no-o no eran sentimientos fácilmente conciliables. La diosa decidió probar la sinceridad de su hermano y pudo comprobar que la pureza de corazón del «Macho impetuoso» era sincera.

Pero el buen comportamiento de Susa-no-o duró poco tiempo. Ama-terasu había sembrado un gran número de excelentes arrozales en el Cielo. Algunos eran estrechos y otros eran largos y Ama-terasu se sentía muy orgullosa de ellos. En primavera, justo después de que Ama-terasu hubiera sembrado las semillas, Susa-no-o deshizo las divisiones entre los terrenos y en el otoño dejó que los potros se escaparan.

Un día vio a su hermana en el sagrado Salón de Tejer, cosiendo la vestimenta de los dioses, e hizo un agujero en el techo por el que arrojó un caballo despellejado. Ama-terasu se asustó tanto que se hizo una herida con la aguja. Enfadada en extremo, decidió abandonar su residencia así que, recogiendo su brillante atuendo, se deslizó por el cielo y se escondió en una cueva decidida a permanecer allí recluida.

El mundo se sumergió en la oscuridad de una noche eterna. Después de la catástrofe, las ochenta miríadas de dioses se reunieron en la orilla del Río del Cielo para idear un método capaz de hacer que Ama-terasu inundara el Cielo de gracia con su glorioso brillo de nuevo. Tras profundas deliberaciones decidieron reunir un gran número de pájaros cantores de la Tierra Eterna. Después de diversos vaticinios realizados con un hueso de ciervo sobre un fuego alimentado con corteza de cerezo, los dioses fabricaron herramientas, fuelles y fraguas. Fundieron las estrellas para forjar un espejo y realizaron también joyas e instrumentos musicales.

Una vez estuvo todo preparado, las ochenta miríadas de dioses se dirigieron a la entrada de la cueva en la que la diosa del Sol se había ocultado y ejecutaron un elaborado entretenimiento. En las ramas altas del Verdadero Árbol de Sakaki colgaron las valiosas joyas y en las ramas medias, el espejo. A cada lado había un gran coro de pájaros cantores, que era sólo el prelude de lo que estaba por venir. Uzume («Alarmante hembra divina») cogió una lanza adornada con brotes de eulalia y se hizo un tocado con hojas del Verdadero Árbol de Sakaki. Volcó una cuba, se subió encima y comenzó un baile voluptuoso que provocó las carcajadas de las ochenta miríadas de dioses.

Ama-terasu se recluye en una cueva y queda el mundo en penumbra

El escándalo despertó la curiosidad de Ama-terasu, que se asomó a la entrada de la cueva para ver qué sucedía. Una vez más el mundo se iluminó con su presencia. Una vez más ocupó su lugar en la Alta Llanura del Cielo y Susa-no-o fue castigado y desterrado a la Tierra de Yomi.

Susa-no-o y la Serpiente

La habitual inconsistencia de los mitos y las leyendas nos impide saber acerca de la estancia de Susa-no-o en la Tierra de Yomi, pues las crónicas conservadas omiten cualquier referencia al respecto. En la siguiente noticia que tenemos de él, el personaje se distancia de su tradicional imagen malévola, más bien podría ser incluso merecedor de comparación con cualquiera de los caballeros de la Mesa Redonda. Desconocemos por completo a qué es debido semejante transformación de su personalidad; bien sea producto de algún astuto ardid o bien motivado por un sincero arrepentimiento provocado por la huida de su hermana a la cueva, lo cierto es que carecemos de información al respecto.

Susa-no-o, tras descender del Cielo, llegó al río Hi, en la provincia de Idzumo. Allí llegó hasta sus oídos el sonido de un lamento. Era tan extraño escuchar otro quejido que no fuera el suyo que se decidió a buscar el origen del mismo. Así fue cómo descubrió a un anciano y a una anciana que acariciaban y miraban con ojos llorosos a una joven de la que parecían despedirse por última vez. Cuando Susa-no-o preguntó a la anciana pareja quiénes eran y por qué lloraban desconsolados, el hombre le respondió: «Soy una deidad terrenal y me llamo Ashi-nadzuchi («Anciano del pie lastimado»), y ésta es mi esposa, Tenadzichi («Anciana de la mano lastimada»). Nuestra hija se llama Kushi-nada-hime («Maravillosa princesa de Inada») y el motivo de nuestra aflicción es que hemos tenido ocho hijas que una tras otra han sido devoradas por una serpiente de ocho cabezas. Cada vez está más cerca el momento en que ésta, nuestra hija, perezca de igual modo. No hay escapatoria y, por eso, lloramos amargamente».

El «Macho impetuoso» escuchó el lamento del hombre con mucha atención y, conmovido por la belleza de la joven, se ofreció a matar a la serpiente de ocho cabezas si los padres de la muchacha le concedían su mano. Estos accedieron de buen grado.

Susa-no-o transformó a Kushi-nada-hime en un peine con el que se ciñó el cabello. Ordenó a los ancianos que prepararan gran cantidad de sake que después vertió en ocho tinajas. Y se quedó esperando la llegada del monstruo.

Llegó la serpiente con sus ocho cabezas, cada una con un par de ojos rojos «como el alquequenje», tenía también ocho colas y en su lomo crecían abetos y cipreses. Era tan larga como ocho montañas y ocho valles. Reptaba con lentitud y, cuando vio el sake, cada una de sus cabezas bebió ansiosamente hasta que la serpiente se emborrachó y cayó en un profundo sueño. Entonces Susa-no-o, sin nada que temer, desenvainó su espada de diez palmos y cortó al monstruo en pedazos. Pero cuando rebanó una de las colas, su espada tropezó con algo y se dobló. Así fue cómo encontró la espada llamada Murakumo-no-Tsurugi. Como suponía que se trataba de un arma divina se la entregó a los dioses del Cielo.

Tras cumplir con éxito su cometido, Susa-no-o convirtió el peine en Kushi-nada-hime y ambos se trasladaron a Suga, en la provincia de Idzumo, para celebrar sus esponsales. Allí compuso los siguientes versos:

Las nubes se levantan
a ambos lados de la empalizada
para recibir a los esposos.
Ellos forman también una empalizada,
una empalizada resistente.

Nihongi. Trad. de W.G. Ashton

Los mensajeros divinos

Un día los dioses se reunieron en la Alta Llanura Celestial pues en la Tierra central de las llanuras de juncos (Idzumo) se producían continuos alborotos: «El suelo, las rocas, las ramas de los árboles y las hierbas aún tenían el don de la palabra. Por las noches sus voces se escuchaban como el clamor de las llamas; por el día resonaban como el zumbido de un enjambre de abejas en verano». Además, algunas deidades actuaban de modo cuestionable. Los dioses decidieron poner fin a esta situación y, tras consultar unos con otros en Taka-mi-musubi, decidieron enviar a su nieto Ninigi a gobernar la Tierra central de las llanuras de juncos para sofocar la insurrección y llevar la paz y la prosperidad al país. Pero creyeron que antes era necesario enviar mensajeros para preparar su llegada. Primero enviaron a Ama-no-ho, pero como transcurrieron tres años sin recibir noticias suyas, decidieron enviar también a su hijo. Éste adoptó la misma actitud que su padre y desafió las órdenes celestiales. El tercer enviado fue Ame-waka («Joven príncipe celestial»), que fue igualmente desleal pues, en lugar de cumplir con sus obligaciones, se enamoró de

una muchacha Shita-teru-hime («Princesa de brillante hermosura») a la que tomó por esposa.

Los dioses se reunieron de nuevo visiblemente molestos por el retraso de sus planes así que enviaron un faisán para ver qué ocurría en Idzude Ame-waka. Cuando éste vio al pájaro disparó una flecha que atravesó al faisán y llegó hasta la residencia de los dioses, quienes la lanzaron de vuelta. La flecha alcanzó al desleal Ama-waka, que murió de inmediato.

El llanto de la «Princesa de brillante hermosura» alcanzó el Cielo pues amaba demasiado a su señor para darse cuenta de que su muerte había sido un castigo divino. Lloró con tanta fuerza, con tanto dolor, que las deidades celestiales pudieron oírla. Enviaron un suave viento que elevó el cuerpo de Ame-waka hasta la Alta Llanura Celestial y construyeron un altar mortuario donde depositaron el cuerpo. Frank Rinder escribe: «Durante ocho días y ocho noches hubo gemidos y lamentos. El ganso en el río, la garza, el martín pescador, el gorrión y el faisán lloraron su muerte».

Un día un amigo de Ame-waka, llamado Aji-shi-ki, escuchó el fúnebre lamento procedente del Cielo y se apresuró a expresar sus condolencias. Su parecido físico con el finado era tan asombroso que cuando los padres de éste, sus parientes, esposa e hijos lo vieron, exclamaron: «¡Nuestro señor está vivo aún!». Pero Aji-shi-ki se enfadó tanto que desenvainó su espada y destrozó el altar mortuario, que al caer a la Tierra se convirtió en la montaña de Moyama.

La gloria de Aji-shi-ki era tan espléndida que iluminaba el espacio que ocupan dos colinas y dos valles. Todos los allí reunidos para el funeral entonaron la siguiente canción:

Como un collar de piedras preciosas
rodeando el cuello
de la doncella Tejedora
que mora en el Cielo.
¡Oh! el brillo Aji-suki-taka-hiko-ne,
como el de las joyas,
reluce por los valles.

De lado a lado del arroyo
que discurre entre rocas
y que los jóvenes del país
cruzan de un salto
lejos del Cielo,

¡ven aquí, ven aquí!
(las mujeres son hermosas)
y extiende tu red
en las aguas
del arroyo.

Nihongi. Trad. de W.G. Ashton

Dos dioses más fueron enviados a la Tierra central de las llanuras de juncos y pudieron llevar a cabo su misión con éxito y, cuando regresaron al Cielo, informaron a los dioses de que todo estaba preparado para la llegada del agosto nieto.

La llegada del agosto nieto

Ama-terasu obsequió a su nieto Ninigi, «Príncipe del arroz abundante» con varios regalos. Le entregó piedras preciosas de las montañas del Cielo, bolas de cristal blanco y, el más valioso de todos, la espada divina que Susa-no-o había hallado dentro de la serpiente. También le entregó el espejo realizado con estrellas en el que la diosa se había visto reflejada al salir de su encierro voluntario en la cueva. Varios dioses acompañaron a Ninigi, incluida Uzume, cuya danza había llenado de júbilo a los dioses.

Ninigi y sus compañeros apenas habían atravesado las nubes y llegado al camino de las ocho bifurcaciones del Cielo, cuando descubrieron alarmados una enorme criatura de ojos grandes y brillantes. Tan impresionante era su aspecto que Ninigi y los suyos, a excepción de la fascinante y cautivadora Uzume, dieron media vuelta en un intento de abandonar la misión. Pero Uzume se dirigió al gigante para preguntarle quién era aquél que osaba impedir su paso, a lo que el gigante respondió: «Soy la deidad de los Senderos y he venido a mostrar mis respetos por Ninigi y a suplicarle que me permita ser su guía. Ve a tu señor, hermosa Uzume, y transmítele mi mensaje».

Así que Uzume se dirigió a los dioses, que tan vergonzosamente habían actuado, y les hizo saber las buenas nuevas. Todos se regocijaron y emprendieron la marcha de nuevo, atravesando las nubes y el Puente Flotante del Cielo, hasta que finalmente llegaron a la cima de Takachihi.

El agosto nieto, con el dios de los Senderos como guía, viajó de una punta a otra del país que se iba a convertir en su reino. Un día llegó a un hermoso paraje y decidió construir allí su palacio.

Ninigi estaba tan satisfecho con el dios de los Senderos que, en re-

compensa a sus servicios, le entregó a la bella Uzume por esposa. Pero Ninigi también experimentó por sí mismo el amor cuando un día, mientras paseaba por la costa, se encontró con una hermosa doncella. «¿Quién eres tú, la más bella entre las bellas?», preguntó Ninigi. «Soy la hija del “Dueño de la Gran Montaña”. Mi nombre es Ko-no-Hana, la “Princesa que hace florecer los árboles”», respondió la muchacha.

Ninigi se enamoró de Ko-no-Hana y se apresuró a visitar a su padre, Oho-yama, para pedirle la mano de su hija.

Oho-yama tenía una hija mayor, Iha-naga («Princesa larga como las rocas»), y como su nombre indica, no era hermosa en absoluto; pero su padre deseaba que los hijos de Ninigi tuvieran una vida tan eterna como la de las rocas. Por tanto presentó a sus dos hijas a Ninigi expresando su esperanza de que la elección recayera en Iha-naga. Al igual que Cenicienta, y no sus feas hermanas, es más querida por los niños occidentales, Ninigi permaneció fiel a su corazón y ni siquiera miró a Iha-naga. El rechazo enfadó a la «Princesa larga como las rocas», que gritó furiosa: «Si me hubieras elegido a mí, tú y tus hijos habrías vivido por muchos años. Pero como has elegido a mi hermana, tú y los tuyos seréis tan frágiles como las flores de los árboles, tan efímeros como el rubor de las mejillas de mi hermana».

Ninigi y Ko-no-Hana fueron felices durante un tiempo pero, un día, los celos comenzaron a acosar a Ninigi. No había ningún motivo para este comportamiento pero lo cierto es que Ko-no-Hana sufría tanto que se retiró a una cabaña de madera y le prendió fuego. De las llamas nacieron tres niños, con dos de ellos, Hoderi («Brillo de fuego») y Hoori («Sombra de fuego»), el abuelo del primer *mikado* de Japón, nos encontraremos próximamente.

En el palacio del dios del Mar

Hoderi era un gran pescador y su hermano, Hoori, un consumado cazador. Un día exclamaron: «Cambiemos nuestras herramientas para comprobar nuestras aptitudes». Así lo hicieron, pero al hermano mayor de nada le sirvieron sus habilidades pesqueras y regresó a casa sin ninguna pieza tras su jornada de caza. Tras devolverle a su hermano el arco y las flechas, le pidió que le entregara su anzuelo. Pero Hoori lo había perdido y, aunque le ofreció a su hermano otro, éste lo rechazó desairado. Cuando le ofreció una bandeja repleta de anzuelos también la rehusó diciendo: «Aunque aquí hay muchos anzuelos, ninguno es mi viejo anzuelo. Por tanto no los cogeré».

Hoori, disgustado por la severidad de su hermano, se fue a la orilla del mar y rompió a llorar. Un amable anciano llamado Shiko-tsutsu no Oji («Anciano Mar salado») le preguntó: «¿Por qué lloras?». Cuando Hoori le relató su triste historia el viejo replicó: «No llores más pues te voy a ayudar».

El anciano fabricó una gran cesta donde metió a Hoori dentro y la lanzó al mar. La cesta se hundió en el agua hasta llegar al fondo del mar. Hoori vio que había llegado a un hermoso paraje tapizado de algas de formas fantásticas. Descendió de la cesta y caminó hasta que llegó al palacio del dios del Mar.

Este palacio era imponente, con sus almenas, sus atalayas y sus majestuosas torres. En la puerta había un pozo y a su lado un árbol de la canela. Hoori decidió tumbarse un rato a la agradable sombra. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando llegó una hermosa muchacha que se disponía a sacar agua pero, en cuanto vio al extranjero, huyó alarmada para contarles a sus padres lo que había visto.

El dios del Mar, nada más oír la noticia, preparó un «almohadón de ocho pliegues» e invitó al extranjero a expresarle el motivo de su visita. Cuando Hoori le relató la triste historia de la pérdida del anzuelo el dios del Mar convocó a todos los peces de su reino «a los de aleta ancha y a los de aleta estrecha». Acudieron cientos de miles de peces a la asamblea y el dios del Mar les preguntó si sabían algo del anzuelo perdido. «Nada sabemos —respondieron—, pero la mujer-roja (el *tai* o besugo) tiene una herida en la boca y no ha podido venir.» El *tai* fue convocado y esta vez acudió, cuando inspeccionaron su boca hallaron el anzuelo perdido.

Hoori tomó a la hija del dios del Mar Toyo-tama («Joya preciosa») por esposa y, durante un tiempo, vivieron felices en el palacio del fondo del mar. Pero, transcurridos tres años, Hoori comenzó a sentir nostalgia de su tierra y remordimiento por no haber devuelto el anzuelo a su hermano mayor. Como Toyo-tama estaba preocupada, decidió consultar con su padre. El dios del Mar, siempre educado y benévolo, comprendió el comportamiento de su yerno y le entregó el anzuelo diciendo: «Cuando vayas a darle el anzuelo a tu hermano mayor, antes de hacerlo dile: “Un pobre anzuelo”». Le entregó también la joya de la Marea Alta y la joya de la Marea Baja y le dijo: «Si arrojas la joya de la Marea Alta las aguas subirán de repente y tu hermano se ahogará. Pero si tu hermano se arrepiente y pide perdón, lanza la joya de la Marea Baja y las aguas bajarán de repente y así le salvarás. Si actúas así, tu hermano mayor por su propia voluntad siempre te será fiel y leal».

Cuando Hoori estaba a punto de partir, su mujer le dijo que es-

DE JAPÓN
taba esperando un niño y que pronto daría a luz: «Cuando los vientos y las olas bramen, llegaré a la orilla del mar. Construye una casa para mí y espérame».

La reconciliación de Hoderi y Hoori

Cuando Hoori llegó a su hogar, su hermano mayor admitió su error y le pidió disculpas por su comportamiento ofensivo. Hoori le perdonó gustoso.

Toyo-tama y su hermana menor lucharon contra el viento y las olas para llegar a la orilla, donde Hoori había construido una cabaña con el tejado de plumas de cormorán. Llegado el momento, Toyo-tama dio a luz a un varón y, una vez que hubo bendecido a su señor con descendencia, se convirtió en un dragón y regresó al mar. El hijo de Hoori se casó con su tía y tuvo cuatro hijos, uno de ellos fue Kamu-Yamato-Iware-Biko, de quien se dice que fue el primer emperador humano de Japón, también conocido como Jimmu Tennō.